



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

**SER DE IZQUIERDA EN MÉXICO Y EN ISRAEL
REFLEXIONES SOBRE EL RECIENTE CONFLICTO
ENTRE ISRAEL Y GAZA**

Leonardo Cohen Shabot

Este breve artículo constituye una especie de reflexión personal sobre los hechos de los pasados meses. Es un pequeño texto de carácter autobiográfico. Lo que a continuación trataré de hacer, es resumir los acontecimientos que recientemente me ha tocado vivir, desde una perspectiva sumamente personal, y hacer una serie de acotaciones de cara al futuro de Israel. No quiero renunciar al análisis político e histórico, pero sí busco conservar una posición honesta frente al lector y dejar sentado de manera muy clara que, pese a mi profesión, aún no tengo distancia histórica, ni geográfica y, no menos importante, tampoco poseo todavía la distancia emocional que permite al historiador entender los procesos con el máximo de frialdad y el grado óptimo de objetividad. Tengo ciertas convicciones y un compromiso político, y a partir de ellas quisiera plantear algunas reflexiones con respecto a los últimos acontecimientos sucedidos en el conflicto israelo-palestino, como mexicano e israelí que soy.

Viví el reciente conflicto entre Israel y el HAMAS de manera alternativa en México e Israel. Puedo decir que tuve el privilegio de haber visto las cosas desde “adentro” y desde “afuera”. A fin de cuentas, cosas que se ven de aquí no se ven de allá, y viceversa. También puedo decir que conocí de manera superficial la realidad de los cohetes qassam y los morteros. Vivo en Jerusalén pero enseñé en un pequeño kibutz en la frontera con Gaza y Egipto, donde en un par de ocasiones tuve que suspender mi clase para que mis alumnos y yo alcanzáramos a guarecernos en el refugio antimisiles. Creo firmemente que haber experimentado la realidad que se vivía en esa región del país durante los días previos al inicio de la operación “Plomo Fundido”, no me confiere ninguna autoridad moral por sobre la de otros individuos para juzgar o determinar cuál debía haber sido la reacción israelí. Sin embargo, creo que estas vivencias, junto con otras, enriquecen las perspectivas, permiten

apreciar otras miradas y nos otorgan nuevos elementos, con el fin de mantener la discusión, siempre legítima, de dónde pasa el límite entre el uso indiscriminado de la fuerza y el derecho a la autodefensa.

Desde hace décadas he procurado ser partícipe de transformaciones políticas que generen mayor igualdad y justicia entre los dos pueblos que habitan la Palestina histórica. En principio me siento cómodo aquí en Israel con las percepciones críticas de la realidad que postula la izquierda, en específico la izquierda sionista. Por ello, es posible que tenga mejor graduada mi lupa cuando miro hacia aquel sector del mapa político, sea en México o en Israel. Ciertamente, durante mi visita a México en esos días, tuve dificultades para descubrir alguna novedad en las reacciones de la prensa local de izquierda con respecto al conflicto en Gaza e Israel (fuera de contados ejemplos). En la mayoría de los casos, personalidades políticas, intelectuales, editorialistas y columnistas, desempolvaron los viejos clichés para calificar por enésima vez al Estado de Israel de genocida y brutal. Redescubrí, sin sorpresa, que la causa palestina es una de las más cómodas y gratificantes para el sector de la izquierda que fácilmente ha decidido abandonar el discurso crítico. Por ser pro-palestino no se paga ningún precio. Muchos son los que se quieren montar en el barco, sobre todo quien se considere progresista, aún y cuando analizado más de cerca, esa posición se torne incongruente con los propios valores que la izquierda preconiza. Se llega en ocasiones al grado aberrante de considerar como legítima resistencia a una ideología que se sustenta en la violencia, la opresión de la mujer y el desprecio de las libertades individuales. Para ser claro, creo oportuno referirme al caso del subcomandante Marcos que, lejos de ser único, resulta sin duda emblemático —dada su reputación de líder social— de lo que sectores de

la izquierda en México han sido capaces de confesar. En su pronunciamiento sobre Gaza, el subcomandante reconoce en tres ocasiones no manejar suficiente información: “Nosotros no sabemos mucho de ésto pero desde este rincón algo tenemos que decir”. “No tenemos el honor de conocer Palestina pero suponemos...” “Disculpen de nuevo nuestra ignorancia, tal vez lo que estamos diciendo no venga en efecto al caso o cosa según, y que en lugar de estar repudiando y condenando el crimen en curso como indígenas y como guerreros que somos, deberíamos estar discutiendo y tomando posición en el debate sobre si sionismo o antisemitismo, o si en el principio fueron las bombas de HAMAS...”

Personalmente considero que Marcos no merece disculpas por su ignorancia, sobre todo porque él ha supuesto de manera deliberada, que se puede prescindir del discurso crítico con el fin de alcanzar la verdad. Y si eso no es moralmente correcto en tiempos de paz, menos lo es en tiempos de guerra. Creo que uno de los elementos que aún sobrevive del antisemitismo clásico en nuestro días es el de la comodidad a través de la cual se puede emitir el juicio sobre los crímenes del pueblo judío, o de Israel que da lo mismo, como si se tratara de un acto de fe. No todos lo confiesan con la misma desfachatez que Marcos, pero personalidades que lideran sustanciales corrientes de la izquierda latinoamericana no han tenido ningún empacho en aceptarlo. Parafraseando a Chávez en su discurso sobre Gaza: “No tengo ninguna prueba, pero no tengo ninguna duda: el Mosad mandó matar a Arafat”. Y quizás esta frase condense de manera elemental uno de los principios antisemitas más antiguos: para constatar la sospecha del crimen judío las pruebas son irrelevantes. Lamentablemente, creo que durante el reciente conflicto esta fue la norma y no la excepción, en México, Venezuela y Madrid.

La guerra transcurría y yo aún en México. Trataba de aprovisionarme de elementos que me permitieran elaborar una posición equilibrada sobre la guerra que se había desatado. Entonces me entero de que un grupo de intelectuales judíos mexicanos, identificados con la izquierda, ya renunció a la dolorosa búsqueda de las causas y las salidas a este conflicto. Asumieron una posición de vergüenza y encontraron una salida mágica al embrollo: adoptaron un niño palestino muerto y se rasgaron las vestiduras como señal de luto frente a la mirada de los medios. Apuntalaron su posición con racionalizaciones filosóficas, sin proponer en momento alguno una explicación coherente y articulada de cómo —israelíes y palestinos— llegaron a esto, qué parte tiene cada uno en el conflicto y qué parte tiene cada uno en la solución. Parece mentira pero aún hay que insistir en que la relación Israel/Palestino no tiene paralelo con ejemplos de genocidios históricos recientes frente a los cuales, aberrantemente, se ha querido comparar. Estos militantes de la izquierda, se olvidaron que el palestino no es el “otro” del israelí, sino simplemente su rival, y que con un enemigo se puede luchar pero también se puede uno reconciliar. Omitieron el hecho de que la guerra es una posibilidad humana entre enemigos, y que ciertamente, es la peor de ellas. Pero ello no tiene en absoluto nada que ver con el genocidio que se sustenta en el “no reconocimiento” a la humanidad del otro. Pasar por alto este hecho fundamental ha sido una señal de ignorancia, tontería o perversidad.

A estas posiciones les ha resultado indiferente —no porque no lo sepan, sino porque no les preocupa no saberlo— que Marwan Barguti, uno de los líderes palestinos más importantes preso en una cárcel israelí, haya declarado que lo que el HAMAS ha hecho es un crimen contra el pueblo palestino. ¿Pero a quién le interesa quien es Barguti? ¿A quién le interesa lo que él tenga

que decir? Si Mahmud Abbas, líder de la Autoridad Nacional Palestina ha dicho algo bajo el mismo espíritu, no es necesario tomarlo en cuenta. Más aún, las fuerzas del Tanzim, el brazo armado de Al Fatah, exigió al HAMAS no disparar desde zonas que Israel hubo desocupado en un cien por ciento. A ojos de estos líderes palestinos, el HAMAS ha actuado en contra del interés de su propio pueblo. Pero el subcomandante ya pidió disculpas por su ignorancia y no hay por qué pedirle que se entere un poco más cuando tiene las cosas claras y puede predicar sin contatiempos acerca del agredido y el agresor. Después de todo, el Tanzim, Barguti y Abbas siempre podrán ser tachados de colaboracionistas con Israel y asunto concluido.

Bajo dichas circunstancias, comprendo sinceramente la dificultad que existe para ser crítico y leal a Israel al mismo tiempo. En una atmósfera de este tipo, la crítica a Israel —en caso de que se considere a este país como co-responsable de la confrontación— deberá de ser prudente. De lo contrario, será utilizada como argumento en el proceso de deslegitimación del proyecto sionista. Aún así, no quiero poner las cosas fáciles. Admito que no me fue grato escuchar la postura oficial de la embajada de Israel, a pesar de que sabía que los representantes diplomáticos hacían el trabajo que tenían que hacer: defender a Israel. Creo que los amigos y simpatizantes de Israel deben expresar sus críticas y desacatos cuando la política del gobierno no les resulte convincente o incluso deplorable, sin que esto ponga en tela de juicio la lealtad al país, siempre asegurándose, en la medida de lo posible, que no sea utilizado como herramienta de construcción de la nueva variante de antisemitismo del siglo XXI.

Llegando a este punto y con riesgo a equivocarme, he de decir que la respuesta militar israelí fue justificada, pero que la amplitud de la operación y su extensión fueron, no sólo inútiles para los objetivos israelíes, sino también perjudiciales en

términos morales y políticos. El HAMAS violó la tregua y en un lapso de 24 horas llegó a lanzar 80 cohetes y morteros hacia la población civil israelí. Los seis meses de tregua terminaron y fue ante todo responsabilidad de HAMAS que no se hayan extendido. Con desmedida arrogancia, los líderes de esta organización obstaculizaron todos los esfuerzos de los egipcios y la Autoridad Nacional Palestina por concretar un nuevo cese al fuego. El pacifista que se oponga por principio a cualquier forma de uso de la fuerza, debe reconocer que ello tiene también un precio. El derecho internacional permite a un Estado soberano responder usando la fuerza cuando su población civil se ve agredida. De hecho, algunos miembros de los kibutzim vecinos a Gaza, como aquél donde yo enseñé, decían con desconcerto y sinceridad “Mira, no sé si abajo del comedor de mi kibutz no hay un tunel cavado por el HAMAS”.

¿Lo anterior significa un cheque en blanco al gobierno de Israel para justificar cualquier acción militar? La respuesta es negativa. La solución militar del problema no es más que una ilusión. Tras la finalización de la guerra han caído decenas de cohetes sobre población israelí. La acción militar debió haber sido medida y restringida. Una respuesta tan masiva y contundente como la que dio Israel, no trajo aparejada ni el fin de los qassams, ni la liberación del soldado secuestrado Guilad Shalit, ni hizo caer a HAMAS. El objetivo de la acción militar no debía ser otro que el de generar una nueva tregua bajo condiciones más favorables para Israel, y ello se pudo haber conseguido con un costo de vidas humanas menos alto —especialmente de inocentes palestinos— y con un costo político menos alto para Israel.

En este contexto ¿qué significa ser de izquierda? Particularmente creo que la izquierda debe buscar la igualdad entre los hombres y los colectivos humanos, que no es sino una forma universal de justicia. Esta puede guiarse por juicios autoritarios

y simplificadores de la realidad, pero puede guiarse también por una visión abierta que esté dispuesta a percibir matices y grises varios. Creo que una visión que es capaz de analizar un conflicto únicamente a través de su dimensión nacional, ha traicionado los valores de la izquierda. Una izquierda que deliberadamente ha omitido el análisis sociológico e histórico del problema, y que se ha desentendido del sufrimiento de la población civil indefensa, que en este caso, es también la población menos favorecida del sur de Israel, para adherirse a la ecuación simple de HAMAS/resistencia Israel/imperialismo, se ha desentendido de los valores básicos que deben orientar a una posición firme y centrada de izquierda.

Me sorprende cuando vuelvo a Israel y descubro que la guerra trastocó por completo las posturas y las motivaciones del electorado israelí. No más preguntas acerca de la vida cotidiana durante los próximos cuatro años, no más debates sobre sociedad, economía, derechos civiles, libertades individuales, derechos sociales. Los tambores de guerra resuenan todavía. Unas semanas después de haber concluido la operación “Plomo Fundido”, la población israelí ha propinado a la izquierda su derrota más contundente a lo largo de su historia en elecciones generales. Mucha gente ha votado desde el miedo: el miedo a los qassams, el miedo al HAMAS, el miedo al extranjero y el miedo a Netanyahu. Las recientes elecciones han ocurrido tan próximas a la guerra que han dado al traste con los discursos complejos, los análisis racionales y matizados de la realidad política. Aún es temprano para saber el precio que por ello los israelíes pagaremos. En términos de representación parlamentaria la izquierda sionista se llevó la peor parte. Aquellos que desde el comienzo gritaron un “no” rotundo a la guerra, han acrecentado su fuerza; los que gritaron: “Demostremosles ahora que nos hemos vuelto locos: a bombardear indiscriminadamente Gaza” se llevaron la tajada más grande de poder. Sólo se han encogido aquéllos que han dicho si, pero... o no, pero...

Ahora las tendencias nacionalistas se han fortalecido. Han adquirido una legitimidad sin precedente las posturas que exigen a los ciudadanos israelíes, especialmente a los árabes, demostraciones de lealtad con el fin de conservar sus derechos civiles. Los políticos recitan de manera permanente frases hechas y lugares comunes acerca de la defensa del interés nacional, como si este fuera único, como si todos abrazáramos los mismos valores y objetivos por el hecho de ser judíos o israelíes.

Estos tiempos son más difíciles que otros, pero nuestra forma de actuar debe guiarse por los mismos principios de siempre. La complejidad de la realidad nacional e internacional, nos obliga, a quienes nos identificamos básicamente con los principios de la izquierda, a ser lúcidos y prudentes. Hay que asumir una posición sólida, ahora que las modas nos rebasan. Son momentos en los que es difícil sentirse parte de la izquierda internacional, que ha preferido la vía fácil de la adoración de los íconos y los análisis simplones donde predominan las palabras rancias. La situación no es menos compleja en Israel, donde tenemos que hacer oír un mensaje racional ahí donde las emociones se han exaltado y la propaganda se sobrepone a los análisis concienzudos y racionales. Como dice Karl Popper, ser racional no significa convertir a los demás en seres puramente racionales, ya que esto sería totalmente irracional. De lo que se trata es de estimular la esgrima de argumentos y contraargumentos, mostrar la convicción de que podemos aprender mediante la crítica, mediante la discusión racional con los demás y mediante la auto-crítica, poco presente en Israel durante estos días.

¿Cuál es la solución al problema de Gaza? Un cese al fuego lo más extenso posible que permita a Israel la tranquilidad necesaria para mantener las negociaciones con la Autoridad Nacional Palestina. Procurar alcanzar un acuerdo sustancial que considere las fronteras definitivas y el estatus final de Jerusalén

como capital de los dos Estados, uno palestino y otro judío. Ello logrará desarticular significativamente el aislamiento regional de Israel y se transformará en un logro estratégico de gran alcance para el Estado judío. Frente a ello el problema del estado terrorista que domina Gaza puede encogerse significativamente. Otra posibilidad es la guerra intermitente y cada vez más frecuente entre los dos pueblos, que los círculos de violencia retornen cada vez con mayor frecuencia y el Estado judío pierda su carácter judío o su carácter democrático. La solución de los dos estados viaja ahora con sus últimas gotas de gasolina, y de su implementación depende no sólo la creación del Estado palestino, sino también la viabilidad a mediano y largo plazo del proyecto sionista. Esto es lo que considero hoy como una evaluación realista del problema y su solución. Pero como yo no me las doy de profeta ni de líder, estoy abierto a que con argumentos alguien me convenza que me he equivocado, o de que podemos esperar a ver las cosas con mayor claridad después de la discusión. La tarea de predicar moral y política es apropiada para los innovadores religiosos de la izquierda, pero está muy lejos de conducirnos lo más cerca que se puede, a la verdad objetiva.